

## MÁS ALLÁ DE LA VIDA – MÁS ACÁ DE LA MUERTE

Cuenta una leyenda oriental que existe un hilo rojo, que conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, a pesar del tiempo, del lugar o las circunstancias. El hilo puede tensarse enredarse pero jamás romperse.

Ha corrido mucho el tiempo Hoy todo es un recuerdo. La vida ha continuado sin contar los pasos. Los caminos han sido muchos, algunos sin destino ¿O sí... quién sabe? ¡47 años ya! Desde la distancia que marca el tiempo, se descubren senderos que no se deberían de haber pisado y otros que fueron demasiado rápido y que por ello, no llegaron a un buen puerto. ¡Ay si se pudieran deshacer!.. ¡Volver al camino parado un día!.. ¡Dar marcha atrás al reloj!

El primer mes de la primavera de 1965, mi corazón latía con toda su fuerza. Por un lado estaba el rebullir de la sangre joven que como la savia de los árboles, corría acelerada por mis venas, abriéndose con alegría a la nueva estación, por otro lado, coincidía con una fiebre amorosa que brotaba por todos los poros de mi piel. Esto se debía a que a las ventanas de mis ojos se había asomado una persona maravillosa, que hacía que mi corazón se moviera a un ritmo acelerado.

Jorge había entrado en mi vida. Supe enseguida, desde el primer momento, que él era mi destino. Nuestra relación se había iniciado con visos de futuro y la juventud era nuestro mejor caudal. Él tenía veinticuatro años y yo veintiuno. Era alto muy atractivo de cuerpo delgado y firme, moreno de cabello y de piel tostada, con rasgados ojos de mirada profunda y lúcida, tan negros y resplandecientes como el azabache, sus manos morenas, con dedos largos y finos, llamaban la atención por sus elegantes movimientos. Su fuerte y decidida personalidad, estaba en armonía con su destacado

físico. Él era un inteligente y brillante estudiante de ingeniería. Yo, por aquel entonces, trabajaba como secretaria en una empresa de publicidad. Me sentía feliz, de estar a su lado, estaba enamorada. Él también guardaba para mí, el mismo sentimiento.

Todo marchaba perfectamente en nuestra relación, pero, a pesar de ello, el amor que nos unía se rompió. Todo acabó sin un adiós, la culpa fue de un injustificado ataque de celos que nos separó. ¡Ay los celos... siempre tan injustos! La vida continuó para ambos, cada uno por su lado. No debía de haber sido así, pero lo fue. Lo cierto es que la relación terminó de manera indebida y dolorosa. A pesar de ello, él siempre permaneció agazapado dentro de un pliegue de mi corazón, saliendo de cuando en cuando para recordarme que mi amor por él continuaba vivo.

Cierto día del mes de Mayo del 2012 cuando en la noche me iba a dormir, su nombre empezó a brincar insistentemente, dentro de mi cabeza. Tuve la sensación de que él me estaba llamando. Era como si me estuviera diciendo: búscame... búscame. Al día siguiente miraría por internet e intentaría localizarle. Si le encontrase, habría llegado el momento de que pudiéramos perdonarnos aquella estúpida ruptura. Y, aunque él tuviera su vida organizada, intentaría verle y hablar con él, para darnos al menos un abrazo. Después de aquello, ocultaría mis lágrimas y le diría adiós.

En la mañana, lo primero que hice al levantarme fue, conectar el ordenador y escribir su nombre en el navegador, convencida de que le encontraría. Inmediatamente, la pantalla me ofreció un listado con el nombre de personas que se llamaban como él: Jorge Pardo. De pronto sentí como si alguien hubiera golpeado con un mazo de hierro en mi cabeza, a la vez que una daga invisible se clavara en el centro de mi pecho ¡Allí estaba su esquel! Había fallecido unos años atrás. Mis ojos empezaron a derramar torrentes de lágrimas, no me lo podía creer no era posible. Secaba mis ojos con rabia, para poder leer bien la esquel pues mis lágrimas distorsionaba las letras y no me

permitían ver correctamente los datos. La leía una y otra vez, tratando de convencerme de que era mentira, pero todo coincidía. No había vuelta de hoja ¡Era él!

Lloré lloré y lloré, porque no podía dar marcha atrás al reloj, retroceder al camino detenido hace años y estar junto a él de nuevo. Me propuse localizar a alguien de su familia para que me confirmara su fallecimiento. Encontré a su hermana, que me lo corroboró. Dadas las circunstancias, lo único que yo quería era recuperar algo de su vida: fotos, conocer cuál había sido su trayectoria y saber dónde estaban sus restos para llevarle una flor y poderle decir, delante de su tumba, que le amaba todavía. Caí en una terrible depresión, mi gente se preocupó por mí más, no podían ayudarme. Yo no veía salida a mi desesperación y ¡tampoco quería salir de ella!

Solo deseaba irme junto a él. Así pues, únicamente me quedaba rogar a Dios y dando gritos, le pedí que me permitiera verle una vez más, aunque fuera en sueños, pero con la condición de que me despertara inmediatamente para poder recordarle. Dios, por una vez, me escuchó: el 14 de Julio, fecha en que se cumplía el aniversario de su fallecimiento,... me fui a descansar tras trabajar durante horas ante el ordenador. Eran las dos de la madrugada. No hice más que posar mi cabeza sobre la almohada y empecé a relajarme. De repente, me encontré en una habitación que no conocía, nunca había estado en ella.

— Esta es su habitación, se ha marchado sin hacer la cama —dijo una voz de mujer cuya presencia no vi.

— No importa, respondí- ¡Yo se la arreglo!

No supe quién me hablaba y, aunque no pronunció nombre alguno, tuve la certeza desde el primer segundo de que era la habitación de estudiante de Jorge. Me incliné sobre la cama, con intención de estirar sus sábanas y de pronto él apareció a mi

lado, tiró de mi mano, me llevó hacia él, rodeó mi cuerpo con sus cálidos brazos y muy suavemente posó sus labios sobre los míos, era completamente sólido, tenía cuerpo, como yo ¿acaso era yo la que estaba en espíritu como él? En todo momento sentí la fuerza de sus brazos y la presión de sus labios sobre los míos. La inesperada sorpresa me llenó de emoción, y reaccioné llorando desconsoladamente sobre su hombro. No hubo palabras ni por su parte ni por la mía, solo el intenso abrazo y el dulce beso de amor. Mis lágrimas en torrente, corriendo por mis mejillas, me hicieron regresar de inmediato a mi lecho. Supe que aquello no había sido un sueño. Jorge me había buscado, quería hacerme saber, que también me mantenía en su corazón. Después de esto, ya no me quedaron dudas, de que a pesar de habernos separado aquel día de Julio del 1965, también él permanecía fiel con sus profundos y sinceros sentimientos hacia mí. Yo le sigo amando y sé que la muerte no existe. Jorge vino para decírmelo.

Continué llorando hasta que me quedé dormida. Sobre las seis de la madrugada, me desperté recordé con toda intensidad aquel mágico encuentro. De manera inesperada, abandoné nuevamente mi cuerpo y aparecí en una casa, que estaba cerca del mar. Allí había una mujer vestida de azul dándome la espalda, sin mirarme, abrió los brazos y con el dedo índice de su mano derecha señaló un espacio vacío entre dos puertas cerradas. "Va a venir otra vez a verte", me dijo, sin volverse siquiera para mirarme. Acto seguido, la mujer desapareció y allí, en el lugar señalado, pude ver a Jorge. Nos habíamos vuelto a encontrar y, por segunda vez, nos fundimos en un abrazo.

— Me tengo que ir... ¡me tengo que ir!..— me decía mientras me abrazaba

— No ¡por favor no te vayas... no te vayas!

Solo duró unos segundos. Los dos repetíamos a toda velocidad, las mismas palabras, montando nuestra voz una sobre la otra. No tuve tiempo para decir que todavía le amaba

repentinamente, se disolvió entre mis brazos. Tras ello, llorando con desconsuelo, regresé a mi lecho a encontrarme con mi cuerpo, que permanecía acostado.

A partir de ese momento, he sentido su presencia a mi lado constantemente hasta el día de hoy. Caricias en mis mejillas, que eran como el suave roce de una pluma de ave; toques afectuosos en el cabello; pequeños objetos que se caían al suelo; sombras que visualizaba con el rabillo del ojo. Lo más esclarecedor era que cada vez que yo lloraba por no haberle podido encontrar con vida, sonaba el teléfono sin que hubiera nadie al otro lado de la línea. Eran llamadas, que llegaban desde un número inexistente. Así, una sola y corta timbrada que entrechocaba como un eco extraño y opaco, una resonancia diferente, no usual a la vibración o tintineo habitual del aparato, me hacía notar que él estaba ahí. Sabía que era su señal. Por ello, a cada eco, yo respondía: "¡Gracias, mi amor, sé que eres tú!"

Aquellas dos experiencias me demostraron que nuestro encuentro no había sido un sueño ni una divagación mental y sí una cita en otra dimensión. Me llevó a dos espacios diferentes que fueron sus residencias y lo hizo para que yo pudiera corroborar con su familia, la verdadera existencia de los dos lugares. Hablé con su hermana, Me confirmó punto por punto lo que yo había visto, la habitación era la que ocupaba Jorge en la casa de sus padres, cuando era estudiante. Del mismo modo me ratificó, que, en la casa que Jorge tenía en la playa, había un distribuidor con dos puertas bastante próximas. Después de esto ya no me quedó ninguna duda de que este hecho tan fantástico ocurrió en realidad. Me hubiera gustado confesarle que su hermano había contactado conmigo, que la muerte no existe, que él aún vivía; pero aquel reencuentro nos pertenecía solo a nosotros dos.

A partir de aquí, cada vez con mayor frecuencia mi vida fue mejorando poco a poco. Tengo la certeza de que él sabía que su presencia me ayudaría a seguir adelante. Sus

llamadas sin respuesta acudían como un abrazo tranquilizador cada vez que los sollozos me impedían respirar. Era su forma de hacerme saber que no estaba sola, que le tenía a mi lado.

Me acostumbré a su presencia. Jorge formaba parte de mi vida día a día. Le sentía constantemente en el fondo de mi corazón, aunque nunca interfirió en los acontecimientos de mi mundo exterior. Sin embargo, una la mañana en la playa, jugando en la arena, perdí un anillo de poco valor, pero de alta estima. Lo había comprado en un mercadillo. Era de esmalte negro y con dos pececillos que por la noche brillaban. Sentí rabia por haberlo extraviado. Se me ocurrió acudir por la noche al centro de la ciudad, donde había un mercadillo permanente, era muy probable que pudiera comprar otro igual. Recorrí todo el paseo preguntando de puesto en puesto, pero a pesar del insistente sondeo, no lo encontré. Cuando me dirigía resignada al aparcamiento para retirar el coche, me fijé en que, alejado del paseo y separado del resto de las tiendecillas, había un pequeño punto de venta, sumido en la penumbra, casi invisible debido a la escasa y mortecina luz, que provenía de un tímido farolillo. Algo me empujaba a que me acercara a la oscuridad, era la última oportunidad de encontrar mis pececitos. Finalmente, en aquel discreto soporte que hacía de mostrador, encontré el anillo con los peces, pero había algo más. Algo muy significativo que me dejó absolutamente impactada: Junto al anillo de los peces, había otro que me esperaba. Solamente había uno y era para mí. Este otro anillo tenía dos pequeñas estrellitas juntas, que brillaban en la oscuridad de la noche. Inmediatamente y sin lugar a dudas, me di cuenta de que, esta vez, Jorge se había manifestado interfiriendo en los acontecimientos de mi mundo, haciéndome ir al lugar en el que estaba el anillo que hoy luce en mi dedo anular. Fue entonces cuando recordé mi poema, aquel poema que le había dedicado un mes atrás:

*Supe que eras una estrella brillante en el firmamento*

*Lloré mi tristeza, por no haber podido abrazar tu cuerpo y besar tus labios*

*Desde lo alto, viste mi dolor y me convertiste en espíritu para llevarme hasta tu refugio*

*Ahora solo quiero convertirme también en estrella, para brillar junto a ti*

*Y escondidos tras una nube, besándonos como no lo hicimos antes*

*Enviaremos guiños a los enamorados de la tierra.*

Esta era su respuesta, su forma de darme las gracias por aquella muestra de amor. Observar aquel anillo estrellado sobre el lúgubre mostrador me demostró que también él quería brillar junto a mí. Hubiera comprado el anillo fuera cual fuese su precio. Jorge había colocado aquella sortija en mi camino, un camino que me conducía una y otra vez hacia él.

Jorge, también ha ido situando delante de mí a personas que inconscientemente me traían mensajes que solamente yo podía entender. Me ha colocado ante objetos que hablaban, sin que nadie pudiera percatarse de ello, como claves secretas diseñadas solo para mí.

Hoy, voy a visitar su tumba, siento la necesidad imperiosa de hacerlo, sé que él desea que vaya, porque con sus mensajes ocultos me ha empujado hasta el lugar. Puede que descienda de su estrella por un momento para estar a mi lado. Yo acariciaré en el mármol, las letras que componen su nombre y besaré la rosa que depositaré para él sobre la piedra, como lazo de nuestro amor.

Muchas personas, al abandonar este mundo para adentrarse en la vida verdadera, se llevan asuntos pendientes de solucionar, en el caso de Jorge, el asunto que le obligaba a mantenerse vinculado a esta realidad era yo. Quiso volver para restañar la herida de aquél tiempo abandonado. Finalmente nos hemos encontrado y nos hemos declarado amor eterno.

Ahora, ya no percibo la caricia de sus dedos deslizándose por mis mejillas, ni su mano rozando mi cabello, no veo la sombra esquiva que delataba su presencia. Tampoco suena la llamada inconfundible en el teléfono, ha regresado a las alturas, sabiendo que la herida ya no sangra, dejándome veredas abiertas para que yo camine libremente, abriéndome los ojos hacia otras realidades. Su corazón de éter se ha liberado porque sabe que le amo. Ha regresado a su estrella tras comprobar que mi alma se había tranquilizado, al demostrarme que continuábamos siendo el uno del otro, con la certeza de que nos volveremos a encontrar para estar definitivamente juntos.

Yo continuaré guardando sus fotos debajo de mi almohada, para que, siempre que quiera, pueda volver a adentrarse en mis sueños.

Madrid, 19 de Marzo del 2013